

MICHEL HOUELLEBECQ

Configuración de la última orilla

Barcelona: Anagrama, 2016.



A todos aquellos que se atreven a empezar este libro les digo: “Coged aire”. En su último poemario, editado hace apenas dos años por Anagrama, Michel Houellebecq nos sume de nuevo en una dimensión indeterminada, en un mundo en proceso de disolución al que nos precipita desde la primera composición: “Cuando muere lo más puro / Cualquier gozo se invalida / Queda el pecho como hueco, / Y hay sombras por donde mires. / Basta con unos segundos / Para eliminar un mundo.”. Hemos cruzado el umbral: ante nosotros queda una extensión gris. A través de versos que parecen —y, probablemente, estén— escritos entre las caladas de varios cigarrillos, la realidad se nos presenta como la constatación del dolor, única materialidad cognoscible, único hecho definido en las

sombras. Se despliega ante nuestros ojos la certeza del fracaso de las relaciones sociales, del amor, la persistencia de la noche frente a una mañana que aún du-



da en si alumbrar al hombre o cederle a la oscuridad unos minutos más. Pero este sufrimiento no tiene un origen místico, el poeta nos advierte de su falta de fe y no duda en aumentar la dosis de Halcion; la confusión y la vacuidad del espacio y del tiempo queda sometida a la imperiosa presencia de la tecnología y de la globalización digital.

No es difícil adivinar que muchos de sus versos están directamente trazados a partir de su propia experiencia biográfica: la decadencia, el sentimiento depresivo, la desaparición remota de un amor que apenas pervive en la memoria sino a través del dolor, todos ellos son rasgos característicos de la personalidad del artista y quedan plasmados de formas muy diversas, pero siempre impactantes. Su incapacidad para lidiar con la repercusión mediática que sus propias polémicas levantaban lo empujó a huir a Irlanda y aislarse de la vida pública francesa; posteriormente viviría en Almería, huyendo precisamente de la grisácea atmósfera irlandesa. Ese constante desplazamiento de huida, su regreso a Francia tras el apaciguamiento de los ánimos, no imagino un ejemplo más esclarecedor para ilustrar la doble pulsión que lo acosa en cada uno de sus libros; por un lado hay un continuo intento de adaptarse a un medio hostil, de someterse al peso de la materialidad; por el otro, la imposibilidad de reconciliación con la realidad y la búsqueda como compensación de lo puramente afectivo. No lo alcanza: “Tengo miedo de los demás. No soy amado. / La muerte, tan maleable”.

Sin duda, el principal logro de la literatura de Houellebecq reside en una visión de la modernidad directa y pura, pero su poesía es especialmente cruda. Mientras que sus novelas plantean una secuencia compleja y narrativa que tiene el plano general, la construcción de un relato que va superponiéndose y cambiando, sus poemas la contrastan con la sencillez y la pulcritud de una instantánea mucho más íntima y sincera. Aquí no se trata de François, Jed o Michel, sino de una voz mucho más profunda que identificamos inmediatamente. Son pequeñas fotografías poéticas que retratan los aspectos concretos, las imágenes acabadas, son los golpes en la puerta de Macbeth que nos recuerdan lo miserable de la vida moderna. No sorprende, sabiendo esto, que en las exposiciones del francés en el *Palais de Tokyo* de París las fotografías suelen ir acompañadas de unos pocos versos. Los temas que obsesionan a nuestro autor parecerán frívolos, antipoéticos o, simplemente, impostados, pero nadie hasta ahora ha sabido tan sagazmente echar un vistazo a las grietas frías de la sociedad global y observar la desoladora vacuidad del siglo XXI. Es el delirio de una sociedad enteramente dedicada al Sector servicios (“De puente en la zona 6”), donde la obsesión por la tecnología ha derivado no en un modelo de producción, sino de la producción del consumo; la banalidad de las situaciones cotidianas pone en relieve la sensación escalofriante de estar viviendo en la condición posmoderna.

En un impulso acomplexado, fruto de su naturalismo existencial, Houe-

llebecq ubica al hombre fuera de su propio hábitat (no puede haber terminología más acertada que la de la biología), completamente desnaturalizado y reducido. Sus obras están protagonizadas por seres marginales e incapacitados socialmente; sin ánimos, sin esperanzas, ni expectativas, el sexo se convierte en la única experiencia que los caracteriza como humanos. En un intento casi animal por escapar de la tecnocracia, el autor de *Las partículas elementales* se sirve de una insumisa promiscuidad y de un exhibicionismo perverso que intercala aforismos desconcertantes y no ayudan sino a provocar una impresión mucho más angustiada de la existencia. El sexo, al que dedica una sección entera en este poemario (“Memorias de una polla”) forma también parte de esas relaciones fracasadas y rara vez —por no decir nunca— conduce a la satisfacción. Por así decirlo, el cuidado sobreprotector del modelo tardocapitalista ha anulado prácticamente toda posibilidad de gozo, físico o espiritual, como ejemplifica la impotencia sexual de François en *Sumisión*. La manera más efectiva de escapar al dolor, a la carencia afectiva o, incluso, al sopor de la sociedad se da a través de lo más morbosamente orgánico: el sexo. Por sus páginas desfilan figuras femeninas muy dispares pero que ayudan a consolidar el relato del patriarcado: muchas son tan independientes y carismáticas que optan por ignorar al hombre, la gran mayoría son prostitutas o *escorts* de diversas partes del mundo —muestra del cosmopolitismo sexual de la sociedad global—. El motivo de esta representación de ambientes y personajes se encuentra en la recreación del fracaso afectivo: todo el cariño o protección, ya sea ocasional o formal, se da en una relación mediatizada y estrictamente comercial; en su idea del mundo como supermercado, mediante la obsesión particular por el producto, al final, la transacción se ha extendido al sexo y ha invadido, inevitablemente, las pocas esperanzas de una relación afectiva real. A mi mente acude Frank Underwood cuando dice: *Everything is about sex. Except sex. Sex is about power*. La verdad queda desnuda. El sexo no trata exclusivamente de afectividad; el sexo trata en gran medida de una gratificación narcisista, una demostración de poder o de la falta de este. El sexo es, también, una cuestión técnica.

Ya hemos dicho que en sus exposiciones de fotografía suelen intercalar apenas unos versos que ahondan en las ideas representadas, pero esta combinación plástica no se limita a las galerías de arte, también sus poemas se valen, en cierto modo, de recursos visuales. La plasticidad de las imágenes descritas nos impacta gracias a la concisión con la que están descritos los objetos, como si el conjunto fuera un catálogo de elementos que requieren de una visión agrupada y expositiva. Los poemas son detalles de una imagen cuya amplitud nos es desconocida; igual que el hombre se encuentra desnaturalizado en su prosa, sus poemas constituyen presentaciones gráficas de ideas finitas o imágenes descontextualizadas. Debemos partir de nuestros conocimientos previos del mundo para comprender la conceptualización versificada que nos ofrece Houellebecq. Entonces, se nos plantea este poemario como un mapa de la modernidad y, como todo mapa, requiere de anotaciones, precisiones, líneas rojas,

señalizaciones de los sitios y de los recorridos. Es un mapa en construcción. La modernidad, sometida fatalmente a la narratividad del tiempo y del espacio, es una realidad en constante construcción y desarrollo. Como si se tratara de la novela de Douglas Adams, Houellebecq, en el papel de Slartibartfast muestra al lector, un aburrido y mediocre Arthur Dent, lo ridículo de la existencia, la plasticidad de lo físico.

No es casualidad, en mi opinión, que su novela inmediatamente anterior a este poemario se titulara *El mapa y el territorio*. En ella, Jed Martin alcanzaba el reconocimiento mundial en el mercado del arte gracias a una exposición cuyo tema era la recreación del espacio sobre el papel. Así describe el momento en que concibe la idea: “Era un mapa sublime, Jed, alterado, empezó a temblar delante del expositor. Nunca había contemplado un objeto tan magnífico, tan rico de emociones y de sentido, como aquel mapa Michelin a escala 1/150000 de la Creuse, Haute-Vienne. En él se mezclaba la esencia de la modernidad, de la percepción científica y técnica del mundo, con la esencia de la vida animal. El diseño era complejo y bello, de una claridad absoluta, y sólo utilizaba un código de colores restringido. Pero en cada una de las aldeas, de los pueblos representados de acuerdo con su importancia, se sentía la palpitación, el llamamiento de decenas de vidas humanas, de decenas o centenares de almas, unas destinadas a la condenación, otras a la vida eterna”. No creo que debamos acudir a ninguna otra definición para entender la poesía de Michel Houellebecq. Sus poemas, la concreción de sus composiciones plantean una huida de todo lo material, la búsqueda de un refugio (“la posibilidad de una isla”) en el tiempo, un paréntesis en la narración histórica de los eventos frente a la locura —o de excesiva lógica— de la sociedad positivista. Para ello, el poeta debe atreverse a ver más allá, asomarse a las grietas frías del sistema.

Los lectores, casi como turistas armados con nuestras cámaras de fotos, estamos previamente ubicados en el plano: acompañamos al poeta en la construcción del mapa, asistimos a la “configuración de la última orilla”, nos encontramos en las “inmediaciones del vacío” que separan la realidad material de la realidad ficcional. La ficción literaria es una mirada poética que se dirige al sesgo. Houellebecq se sirve de una *orilla* alegórica para dividir la modernidad entre la realidad, nuestra condición humana, y lo Real, aquello que permanece oculto a nosotros; nos propone un paseo cósmico en el límite que separa los mundos de nuestra experiencia y nuestra existencia: a un lado tenemos el escenario material, la incompreensión de la selva, donde no podemos orientarnos (“Los abetos son para las serpientes / Y las autopistas para el hombre”), al otro tenemos el mar, la complejidad del vacío (“Vestida con un abrigo azul / (Cielo sobre la explanada)”). La mirada al interior de la isla supone el reconocimiento del naturalismo de la modernidad, la materia; la mirada que se dirige hacia el mar es el atisbo de la oscuridad, de lo Real, un asomo a la Cara B de la existencia. El poeta duda, le cuesta resistirse a la tentación del vacío, al fin y al cabo es francés; finalmente, nos sumerge en la profundidad para luego emerger a la luz de la ci-

vilización; vuelve a la materialidad para, en un último movimiento, enfrentarse a una tierra hostil. No creo exagerado comparar este viaje poético con el viaje biográfico que resumimos al principio: su huida a Irlanda (una isla), luego a España (la costa), funcionan como esa inmersión en la oscuridad marina y su posterior regreso a la selva de la modernidad, Francia. Aunque el regreso es tímido, en la actualidad el escritor vive al sur de Francia, próximo a la autopista, para poder escapar en caso de declararse una guerra civil. En un impulso de coraje trémulo, prosigue su viaje a través de las rocas bajo la amenaza del mes más cruel (“Abril era, acepto la apuesta”). No creo que la cita al poeta inglés sea gratuita.

Hace falta coraje para enfrentarse al Houellebecq poeta, capaz de conducirnos a través de los senderos más siniestros y crueles de la modernidad y darnos a probar, por mucho que nos resistamos, la amargura de la era digital. Esta vez, la historia que nos presenta es la de un viaje de huida y su regreso, no menos evasivo; el reconocimiento de una crisis espiritual que discurre entre dos mundos: la realidad, nuestra conceptualización topográfica del mundo, y lo Real, un agujero en el mapa, un embudo por donde se cuelan todas nuestras pulsiones y la complejidad obscena del ser humano. El recorrido que nos propone el poeta es caminar en el filo de la existencia, adoptar una perspectiva que pueda abarcar, desde el canto, las dos caras de la misma moneda. Como Michel Houellebecq, les invito a dar un último paseo por la playa.

MARCELO URRALBURU GARCÍA

UNIVERSIDAD DE MURCIA